

Brasil

Retrato en blanco, negro y amarillo

Por María Luiza Tucci Carneiro

Ilustraciones Candido Portinari

La documentación histórica inventariada en las últimas décadas demuestra que desde hace siglos persiste una mentalidad racista y anti-semita, cuyas consecuencias todavía no fueron evaluadas por los investigadores. Minorías étnicas y nacionales - cristianos nuevos, judíos, negros, japoneses o gitanos- han tenido y tienen que enfrentar rígidas barreras oficiales impuestas tanto por el imperio colonial portugués, como por el estado republicano.

La observación a través de los prismas de la discriminación racial, religiosa, política o científica, deja al descubierto el carácter de varios mitos: el de la democracia racial brasileña, el de la cordialidad secular del hombre brasileño, el de la tradicional hospitalidad y el espíritu humanitario del gobierno brasileño. Mitos que llevan cinco siglos de persistencia. Podemos considerar que, además, coexisten —al nivel del imaginario político— el mito de la pureza de sangre y el mito de la conspiración maléfica, que a lo largo del tiempo fueron ofreciendo distintas perspectivas para la interpretación de la realidad étnica y política.

Tanto el mito de la pureza de sangre como el de la conspiración maléfica fueron accionados por las autoridades políticas y religiosas que, en nombre de la seguridad nacional o de la moral, encubrían sus valores racistas. Discursos peyorativos articulados por el Estado y por la iglesia católica incitarán a las autoridades a la acción y estimularán prácticas racistas cuyas consecuencias aún deben ser evaluadas. Cristianos nuevos residentes en las diferentes capitanías y provincias brasileñas fueron discriminados, perseguidos y encarcelados por la inquisición portuguesa, dedicada a incriminarlos como símbolos de fuerzas perniciosas y como representantes de las razas contaminadas por la impureza de sangre judía. Autoridades políticas, médicos, juristas y científicos actuantes en el Brasil republicano no medirán esfuerzos para comprobar la malignidad representada por los inmigrantes judíos entendidos como los representantes de una raza indeseable, inasimilable y peligrosa por sus ideas políticas.



Candido Portinari. *Familia de migrantes.*

Las fórmulas de la felicidad

Desde fines del siglo XIX persistió en Brasil un caluroso debate: ¿qué tipo étnico debería ser incentivado a inmigrar de manera de no comprometer la composición étnico-política de la población brasileña? Apropriadose de los modelos ofrecidos por los teóricos racistas europeos y valorizando los métodos aportados por la antropología social y por la eugenesia, una élite de políticos, intelectuales, antropólogos y médicos se dedicarán a pensar la cuestión racial. Procurando detectar a los responsables de los males que asolaban al país, dictarán reglas que clasificarán a los negros, los japoneses y los judíos como razas indeseables.

Un discurso de cuño económico nacionalista se prestó para encubrir los valores racistas y anti-semitas sustentados por una élite que decía promover al hombre brasileño y defender el desenvolvimiento económico y la paz social. Tanto la legislación como la Policía Política fueron activados por el Estado como forma de legitimar la acción represiva y preventiva contra aquellos que, según el discurso oficial, eran considerados elementos amenazantes para la composición racial, para el orden social y la política brasileñas.

Desde el comienzo del siglo XX, las autoridades federales se posicionarán como controladoras de las irrupciones inmigratorias. La creación de una serie de departamentos con secciones destinadas a reglamentar la inmigración expresa la acción de un Estado gerenciador del poblamiento avalado por su capacidad productiva. Lo que interesaba era mantener en el campo y en las ciudades hombres disciplinados, trabajadores incorporados de forma orgánica, al sistema de producción. El trabajo se transformó en medida de evaluación social y racial cuyos criterios fueron readaptados y aplicados por el gobierno de Getúlio Vargas a las realidades de los años 30 y 40.

El estado republicano —como agente de la modernidad— procuró interferir en el proceso civilizatorio brasileño valiéndose de médicos, antropólogos y técnicos convocados para opinar acerca de los focos de las enfermedades que asolaban las ciudades y el campo. Higiene e inmigración se transformarán en cuestiones de orden público. Y las corrientes inmigratorias indeseables serán responsabilizadas por la proliferación de enfermedades, del parasitismo y del atraso económico. Siguiendo la óptica de los más productivos y de la raza fuerte, médicos eugenistas e higienistas pasarán a identificar a algunos grupos de ciudadanos como parasitarios.

En 1923, el debate acerca de la composición étnica viable para la población brasileña se materializó en el proyecto nº 391, presentado por el diputado Fidelis Reis, que dispone sobre la entrada de inmigrantes en territorio nacional. Su artículo 5º propugna la prohibición de inmigrantes de raza negra y las restricciones para aquellos de raza amarilla. Correspondería al Estado el incentivo a la introducción de inmigrantes que garantizaran el blanqueamiento del pue-

blo brasileño.

El diputado Oliveira Botelho —en 1925— tras haber evaluado in situ a los inmigrantes japoneses radicados en el estado de São Paulo, avaló como ventajosa la inmigración japonesa. Eran, según él, aspectos positivos su facilidad para aprender el portugués, sus aspectos morales, físicos y su asombrosa capacidad de asimilación. Pese a ser evaluado negativamente el tipo físico japonés, Botelho entendía que su cruzamiento con el brasileño daría buenos resultados. Al reclamar por la limpieza de la población brasileña (limpiarla era para él liberarla de todo vestigio de raza negra), el diputado destacó que los norteamericanos, hasta entonces, ... no habían resuelto el problema del negro, que vive segregado (...). Nosotros, resolvemos esta cuestión con más acierto y humanidad, por la disolución que se va operando del negro en las capas de nuestra población, siendo lícito esperar que van a desaparecer, en el futuro los vestigios más acentuados de esa raza.

Botelho sugirió eliminar las restricciones a los amarillos y mantener las prohibiciones a los elementos de raza negra: A los nuestros y solamente a ellos y sus descendientes cumplimos con el deber de aceptarlos como nuestros conciudadanos, sostuvo. Al tiempo que se negaban las figuras del negro, del japonés y del judío, el inmigrante europeo (ario y católico) se presentaba como una opción viable, no sólo como mano de obra productiva, sino como racial y culturalmente deseable.

Imágenes negativas fueron accionadas de modo de denigrar al hombre caboclo (mestizo de blanco con indio o blanco con negro), un hombre raquítico, acusado de traer en el alma los gérmenes que tenía en el cuerpo y señalado como una plaga a ser apartada del escenario nacional. A su vez, el judío inmigrante fue considerado por los técnicos gubernamentales como indeseable por su índole parasitaria y su incapacidad hereditaria para el trabajo. Intelectuales racistas, del cuño de un Oliveira Vianna, fueron llamados para pensar una nueva política migratoria. Racismo y nacionalismo se combinarán para dar sustentación al discurso de exclusión que caracterizó al llamado Estado Nuevo.

En la década del treinta, a este enfoque acerca de la malignidad de la raza semita lo reforzó la acción del Estado preocupado por otro tipo de virus: el comunismo, visto como un monstruo de mil cabezas. El miedo a la revolución condujo al gobierno a reevaluar el papel de los inmigrantes judíos (principalmente de los rusos, polacos y lituanos) tratados como perturbadores del orden social y la seguridad nacional.

Las propuestas eugenistas ganarán crédito y público consumidor. Intelectuales especializados en el campo de las ciencias humanas, valiéndose de gráficos y estadísticas (estrategia característica de los racistas que quieren dar crédito a sus ideas), propondrán al Estado una acción profiláctica: combatir a la inmigración y a los grupos idiomáticos enquis-



Candido Portinari. *Niño muerto*.

tados en el territorio nacional. Algo que se tornó consigna del gobierno de Getúlio Vargas: homogeneizar la raza y las ideas en pro de la formación de un pueblo fuerte, sano y auténticamente nacional.

En 1933, Roquete Pinto, en su obra *Ensayos de Antropología Brasileña*, consideró que la inmigración sería una amenaza a la seguridad política y social de la nación brasileña. Basándose en consideraciones de orden social, político, estético, higiénico y esotérico, concluyó que los japoneses son eugénicamente indeseables.

Sobre la base de estadísticas oficiales, Oliveira Vianna encaró la cuestión racial a través del prisma de la fusibilidad y del enquistamiento de los grupos étnicos radicados en el territorio brasileño. Así, el japonés fue considerado como indeseable por ser tan insoluble como el átomo. En la década del cuarenta, Oscar Egídio de Araujo y Maurício Wellisch sugirieron orientar la política inmigratoria de manera de facilitar solamente la permanencia de elementos asimilables. Sirios, judíos y japoneses fueron diagnosticados negativamente por fortalecer las características raciales de sus

grupos, postura perceptible a través de comportamientos como la concentración en barrios y la práctica de casamientos endogámicos.

Wellisch, quien aprobaba la adopción de cuotas inmigratorias -criterio impuesto por las Constituciones de 1934 y 1937-, consideraba como factores favorables a la asimilación las afinidades étnica y religiosa, la inmigración colectiva (familiar), los casamientos mixtos entre nacionales y extranjeros, y la nivelación económica y social entre los inmigrantes y los nativos. La fórmula indicada para evitar alteraciones en la etnia nacional fue la de garantizar la entrada en Brasil de razas europeas manteniendo la siguiente composición demográfica de la inmigración: 96,3% para la raza blanca y 3,7% para la raza amarilla. Fórmula cerrada totalmente a la raza negra.

Los indeseables

El antisemitismo es una presencia persistente en Brasil. En una primera fase (1921-1937), se presentó de forma asistémica y aleatoria. A partir de 1937 -durante todo el Estado

Nuevo y extendiéndose hasta la fecha de creación del Estado de Israel-, las autoridades brasileñas se dedicarán a normatizar la inmigración judía con criterios antisemitas.

Los funcionarios públicos y los diplomáticos de carrera presentaban esto como muestra de modernización; era la clase de modernización que llevaría millones de judíos a las cámaras de exterminio nazis. La indiferencia por los refugiados judíos se amparaba en los conceptos de racionalidad y de política migratoria selectiva. La lógica política propuesta era que el equilibrio sólo podría ser alcanzado a través de la intervención directa de un Estado defensor de los valores de los ciudadanos. A través de la actuación de la policía política y de la aplicación de una política migratoria anti-semita (secreta), el Estado estaría evitando situaciones de enquistamientos y controlando el proceso de ocupación del territorio nacional (entiéndase aquí el acceso a la propiedad y la circulación de riqueza en el país). El gobierno sostenía que, impidiendo la entrada de refugiados judíos en el país, estaría defendiendo sus ideales de justicia social implícitos en la política de protección a los trabajadores nacionales y garantizando así una inmigración activa y civilizada.

Existen registros oficiales de 1921 acerca de los inmigrantes judíos tratados como indeseables por su raza, su carácter y sus ideas sediciosas. Los ecos de la Revolución Rusa (1917), el impacto de la experiencia soviética como propuesta de planeamiento económico y de un Estado controlador denigran la imagen de los judíos rusos, sometidos al juzgamiento de la Dirección del Servicio Nacional de Poblamiento, órgano del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, cuyo responsable era Dulphe Pinheiro Machado.

El 30 de septiembre de 1921, Duphe Pinheiro Machado fue consultado por el Ministerio de Relaciones Exteriores acerca de la introducción en Brasil de agricultores rusos de origen judío. A lo cual contestó que Brasil necesitaba de agricultores de verdad (subrayado en el original). Según él, la entrada de aquellos judíos no contribuiría al incremento de la actividad agrícola. En el mejor de los casos aquella inmigración impactaría en el impulso al urbanismo, como ya había sucedido con el ingreso de inmigrantes turcos, sirios y árabes. El inmigrante judío era evaluado como uno de los responsables por el desequilibrio entre ruralismo y urbanismo.

Tiempo atrás, el gobierno brasileño ya había recibido una propuesta del gobierno de Moscú para recibir, en gran escala, inmigrantes rusos de origen judío. En opinión de Pinheiro Machado, este emprendimiento apuntaba a ...descongestionar el ex-imperio ruso de fuertes núcleos de población judía, conocido elemento, parasitario e inasimilable, causa de constantes y sangrientos conflictos, motivados por odios de raza y religión.

En 1921, la ICA — institución judía comprometida en proyectos de colonización en América- intentó conseguir que el gobierno brasileño autorizase la entrada de un grupo de

sesenta cultivadores checoslovacos a las plantaciones de café. Pinheiro Machado informa entonces que el gobierno brasileño ya había rechazado una propuesta similar teniendo en cuenta la incapacidad genética de aquella raza, para el trabajo agrícola, al cual es del todo contraria, llegando al extremo de considerarlo humillante”.

Aprobada la Constitución de 1934, entró en vigor un régimen de cuotas para la inmigración que impuso un porcentaje de visas para cada nacionalidad. Este sistema (robustecido por la Constitución de 1937) dificultaría —algunos años más tarde— la aplicación de restricciones a la entrada de

Existen registros oficiales de 1921 acerca de los inmigrantes judíos tratados como indeseables por su raza, su carácter y sus ideas sediciosas.

los refugiados judíos que, por ley, tenían derecho a emigrar para Brasil valiéndose de las cuotas liberadas para las diferentes nacionalidades. El hecho de que los judíos fueran reconocidos como raza, además que catastrados por su religión (hebraicos o israelitas), creaba serios inconvenientes a las autoridades gerenciadoras de los flujos migratorios. Éstas observarían que, en tanto nacionalidades distintas, los refugiados tenían múltiples oportunidades de entrada transformando la inmigración judía en un peligro incontrolable.

Derechos y humanos

Ante los líderes de la Sociedad de las Naciones, Brasil debía sustentar una imagen de nación identificada con los ideales democráticos y de defensor de los derechos humanos. La solución fue adoptar reglas secretas instituidas vía circulares internas que, a lo largo del período de 1938-1942, tuvieron que ser reformuladas a causa de la presión ejercida por los EE.UU. y Gran Bretaña. Cualquier otro tipo de ley tornaría pública la posición del gobierno brasileño, identificándolo con la política anti-semita sustentada por el III Reich; posición que hoy refuerza su responsabilidad ante la muerte de millares de judíos que, al no conseguir las visas para emigrar, acabaron sus días en los campos de exterminio nazis. En diferentes momentos, Oswaldo Aranha debatió con los representantes diplomáticos brasileños orientándolos al encubrimiento de la práctica anti-semita de las circulares secretas, que no deberían ser ventiladas en las reuniones internacionales del Comité Intergubernamental pro-refugiados. Si hubiese existido voluntad política de algunas autoridades, el gobierno brasileño podría haber alterado la rutina de las visas consulares. De acuerdo con el art. 4º del Decreto-Ley nº 3.010, del 20 de agosto de 1938, la cuota de una nacionalidad que no alcanzase 3.000 personas podría ser elevada hasta ese límite. En el caso efectivo de no ser utilizada una cuota, el Consejo de Inmigración y Coloniza-



Candido Portinari. *Lavanderas*.

ción (organismo decisivo de la cancillería) podría autorizar el aprovechamiento a favor de agricultores de otras nacionalidades cuya cuota ya se había agotado. En algunos casos -polacos, austríacos, checoslovacos y alemanes- el gobierno amplió la cuota para 3.000 visas. Los pedidos de refugiados semitas aumentaban día a día. Pero jamás fueron satisfechos.

El Consejo de Inmigración y Colonización creado en 1938 tenía por facultad examinar la situación de los judíos, que pasó a ser tratada como una cuestión de seguridad nacional. De ahí la consulta obligatoria al Ministerio de Justicia, al Estado Mayor del Ejército y al Jefe de la Policía Política. En todas las situaciones en que los órganos internacionales solicitaron el apoyo del Consejo de Inmigración en favor del rescate de los refugiados judíos, éste fue contrario. En ningún momento se planteó una alteración de las cuotas para semitas.

Los judíos que conseguieron visa de entrada lo hicieron valiéndose de subterfugios ofrecidos por la Constitución brasileña de 1937. Por esta razón, la Circular Secreta nº 1.127 (que restringía totalmente la inmigración judía) tuvo que ser alterada posibilitando la entrada de cónyuges o parientes consanguíneos, en línea directa hasta el segundo grado, de extranjeros con residencia legal en territorio nacional.

Eso explica la entrada oficial al Brasil de 1.973 hebreos en 1939) y 1.230 en 1940, quienes -valiéndose de las cartas de llamadas de sus parientes en primer grado- se hicieron pasar por agricultores o técnicos, o depositaron en la cuenta del Banco de Brasil el capital mínimo exigido por el gobierno: \$ 500.000. Uno de los subterfugios esgrimidos por el gobierno para impedir la entrada de un número mayor de judíos: el criterio económico. Las autoridades políticas tenían plena conciencia de que la mayoría de los refugiados judíos no disponían de esta cantidad, dada la situación de miseria en que se encontraban como consecuencia de la confiscación de sus bienes. Muchos se valieron de un préstamo rotativo —usado por una familia tras otra- ofrecido por las asociaciones judías internacionales.

Cabe a los historiadores contabilizar las cuotas oficiales y los visados concedidos y no-concedidos oficialmente a los judíos. Solamente a través del análisis sistemático de esta documentación se podrá evaluar el proyecto étnico-político sustentado por el gobierno brasileño. Si tomamos como criterio los datos extra-oficiales, suministrados por las instituciones judías internacionales, estaremos contabilizando la inmigración camuflada, accionada por un gran número de refugiados judíos que no conseguían pasar las barreras

impuestas por las autoridades brasileñas. Las autoridades brasileñas a tal punto tenían conciencia de esta realidad clandestina que, al computar el total de israelitas entrados en el territorio nacional en 1939, Dulphe Pin-

Para el gobierno brasileño, lo que estaba en juego eran situaciones de poder y no la vida de millares de judíos. El Ministerio de Relaciones Exteriores tenía plena conciencia de la trágica situación vivida por los judíos en Europa,

heiro Machado, director del Departamento de Inmigración, hizo la siguiente observación al total de 4.223 semitas: No se encuentran, pues, incluidos aquellos que entraron clasificados en otras religiones, además de la judía.

La cuestión, hasta entonces racial y social, fue asumiendo status de problema político y económico al ser considerada como afectando las decisiones del Ministerio de Justicia y Negocios Interiores y al Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio. La lectura "preventiva" del movimiento migratorio exigió, también, una reinterpretación de la cuestión judía que, a su vez, ganaba status internacional al transformarse en asunto de las asambleas de la Sociedad de las Naciones. Los refugiados judíos eran evaluados como razas estancadas, psicópatas contaminados, parásitos de la calle y de la noche, propagandistas ocultos de ideologías reaccionarias, individuos peligrosos para la seguridad nacional, ineptos física y mentalmente.

En 1937, Arnaldo de Souza Paes de Andrade -Jefe del Estado Mayor del Ejército- se pronunció acerca de la propuesta del gobierno de Polonia en relación a la posibilidad de una acción colonizadora en gran escala, con el apoyo de Brasil junto a la Sociedad de las Naciones. El nacional-socialismo adquiriría fuerza en Alemania y por toda Europa proliferaban las ideas antisemitas, por lo cual un gran número de judíos polacos ya comenzaba a dejar Polonia. Sin embargo, Paes de Andrade respondió que la propuesta colonizadora expresaba los intereses imperialistas de Polonia, que intentaba crear enquistamientos territoriales dentro de Brasil. Según Paes de Andrade, ese modelo ya había sido tentado por los japoneses con la diferencia de que éstos eran indudablemente un factor de trabajo y de progreso.

Al ponderar las ventajas y desventajas acarreadas por la inmigración judía, Hildebrando Accioly, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, llegó a la conclusión de que no era conveniente pues modificaría sensiblemente la composición étnica del tipo brasileño. Exigiendo la adopción de rígidas medidas restrictivas a la inmigración, Accioly argumentó que —en caso de que eso no fuese realizado- los judíos transformarían Brasil en la patria de Israel, hecho que ni en Palestina ellos habían conseguido.

Diplomáticos brasileños en el exterior clamaban por medidas

de profilaxis inmigratoria, una preocupación que se encuentra explicitada en la documentación enviada por Jorge Latour, Encargado de Negocios de Brasil en Varsovia, acerca de la calidad de la población judía interesada en emigrar para Brasil. Tomando fragmentos de una realidad deteriorada por donde transitaban viejos judíos, vagabundos y ambulantes, Latour procuró comprobar —a través de fotografías y de un extenso libelo anti-semita- que no le interesaba al Brasil recibir aquel tipo de gente. En 1947, Jorge Latour se convirtió en Presidente del Consejo Nacional de Inmigración, llegando a ser uno de los mentores de la Circular Secreta anti-semita que se fortaleció durante el gobierno Dutra.

Edgardo Barbedo, cónsul general de Brasil en Capetown (Sudáfrica), llegó a lamentar que las circulares secretas no hubiesen entrado en vigor dos años antes, pues si esto hubiese ocurrido, no estaríamos llorando la muerte de bravos militares patricios, sacrificados en el cumplimiento del deber en defensa de la Patria, en 1935. El cónsul atribuía la responsabilidad de la intencionalidad comunista a Berger (el judío) que después de haber escapado de los campos de concentración en Alemania, había intentado implantar la violencia, del tan nefasto sistema comunista.

Consideraciones finales

Las restricciones anti-semitas que regían en Brasil entre 1937 y 1947 no deben ser observadas sólo como expresión del proyecto étnico idealizado por los dirigentes políticos brasileños, sino también como una solución aislada para un problema que se presentaba internacionalmente. Remando contra la corriente de los países y de los grupos que luchaban por la preservación de los derechos humanos, Brasil —que procuraba sustentar la falsa imagen de nación aliada— prefirió dar tiempo al tiempo. En varios momentos, los hombres del establishment de Vargas articularán un pseudo-discurso humanitario en pro de las minorías oprimidas por los regímenes nazi-fascistas con el objetivo de presentarse simpáticos ante los ojos de los EE.UU. Para el gobierno brasileño, lo que estaba en juego eran situaciones de poder y no la vida de millares de judíos. El Ministerio de Relaciones Exteriores tenía plena conciencia de la trágica situación vivida por los judíos en Europa, ya que además de la información aportada por las misiones diplomáticas enviadas al exterior, la prensa brasileña informaba, día a día, respecto al proceso de desintegración económica y social de los judíos en los territorios del Reich.

Por lo tanto, su posición no se hizo al azar, fue fruto de la persistencia de una mentalidad racista sedimentada a lo largo de siglos. Las visas denegadas a millares de judíos deben ser interpretadas como una señal de falta de compromiso con la causa judía que, en aquel momento, clamaba por soluciones inmediatas. En tanto, distante de las presiones de los EE. UU. y de Gran-Bretaña, así como de los grupos de socorro internacional, el gobierno de Vargas hizo valer princi-



Candido Portinari. *Entierro en la red.*

pios anti-semitas en favor de la limpieza de la raza brasileña. Tanto es así que penalizó -para bien del servicio público- a aquellos que, en condición de miembros de la diplomacia brasileña, se habían dispuesto a ayudar a los refugiados judíos. En este caso, el pueblo de Israel tiene una deuda con el Embajador Luiz Martins de Souza Dantas, quien -desafiando las reglas impuestas por las circulares anti-semitas- concedió visas a centenares de judíos. En uno de sus telegramas, Souza Dantas explicó que se vio obligado, sin perder un minuto, a asumir funciones consulares para, literalmente, salvar vidas humanas, por el motivo de la mayor catástrofe que sufrió hasta hoy la humanidad. "Hice lo que tenía que hacer, con la nobleza del alma de los brasileños, hasta el más frío de ellos, movido por los más elementales sentimientos de piedad cristiana." Y, refiriéndose a las visas concedidas afirmó: "fueron todas concedidos solamente para facilitar la salida de Francia de infelices volcados al suicidio y a los pocos que apenas le servirán para llegar hasta ahí, según me informó ese Ministerio, sin haberse verificado el menor daño al país".

Ante el retiro forzado de Souza Dantas por el gobierno brasileño, dos palabras se prestan para clasificar la actitud de algunos hombres directamente ligados a Vargas: omisión e incumplimiento para con los derechos humanos. Y, en relación a las responsabilidades del gobierno brasileño ante

la cuestión judía, una expresión es lo suficientemente explicativa: complicidad secreta.

Maria Luiza Tucci Carneiro es historiadora, docente de la Universidad de São Paulo. Coordinadora del PROIN-Projeto Integrado Arquivo do Estado en dicha casa de estudios y directora ejecutiva del Laboratório de Estudos sobre a Intolerância. Autora de los libros: *O Anti-semitismo na Era Vargas*, (Perspectiva, 2004); *Holocausto. Crime contra a Humanidade* (Ática, 2000); *Preconceito Racial em Portugal e Brasil Colônia*, (Perspectiva, 2005); *O Veneno da Serpente* (Perspectiva, 2003), entre otros.

Candido Portinari nació en 1903 en una hacienda cafetalera del estado de São Paulo, en Brasil. Era el segundo de doce hijos de inmigrantes italianos pobres. El recuerdo del campo y del pequeño pueblo donde cursó sus estudios primarios, vivió siempre en su pintura como tema, pero también como trazo y como textura. De él escribió el poeta y crítico Mario de Andrade: Procedente de un medio popular, conserva alma y fuerzas populares. Llegó a conocer la consagración pictórica, con exposiciones tanto en su país como en otros de América y de Europa. Su muerte a los cincuenta y ocho años, debida a la constante exposición a las tintas, es una demostración más de lo que siempre fue: un trabajador.